

Sáez Godoy, Leopoldo.
EL LENGUAJE SECRETO DE LAS DROGAS
EN CHILE. YERBA, GOMAS, JALE, NEO Y AFINES
(Santiago, Editorial Universidad de Santiago; 171 págs.)*

Alfredo Matus Olivier
Pontificia Universidad Católica de Chile
Universidad de Chile

Importante obra es ésta que hoy presentamos. Importante, porque denota en su autor, el conocido lingüista y filólogo Prof. Dr. Leopoldo Sáez-Godoy, no sólo una competencia sólida, de la que ya ha dado significativas pruebas a través de su destacada trayectoria científica (piénsese sólo en los proyectos fundamentales que actualmente dirige, “Corpus integral del español de Chile” y “Léxico del español de Chile”), sino, asimismo, una constante preocupación por nuestra propia realidad lingüística y, en esta oportunidad, por problemas acuciantes de ella, que él devela y desentraña, haciendo patente, desde la ciencia del lenguaje, una situación conflictiva que aqueja gravemente a nuestro ser social y que se encuentra en la intersección de las preocupaciones de educadores, psicólogos, sociólogos, científicos en general, hombres de la iglesia y la política.

En efecto, lingüista alerta, realista, comprometido con la circunstancia, con la educación y la cultura, el Dr. Sáez nos ofrece una obra de indudable interés, que apunta a una angustiosa y apremiante problemática que muerde con fuerza la inteligencia y la sensibilidad de los estudiosos atentos a los desafíos de la historia. La desnuda realidad que ella describe y delata ya se nos viene encima con la magnífica portada de Patricio Andrade, a quien también se deben una prolija

* El texto de esta reseña corresponde a la presentación de la obra, realizada en Santiago el 30 de marzo de 1995, en el Salón Hemiciclo de la ex Cámara de Diputados, del Ministerio de Relaciones Exteriores.

diagramación y un pulcro diseño, al través de los mundos distorsionados y los pseudo-cromatismos alucinantes que borran, que evaden la voluntad, escamoteando la existencia concreta, individual y social.

El texto está articulado en cinco secciones: una introducción (págs. 11 a 14), un capítulo monográfico sobre “el léxico juvenil de las drogas en Chile” (págs. 17 a 38) que se basa en una ponencia presentada por el autor en el X Congreso de ALFAL, celebrado en abril de 1993, en Veracruz; a continuación, la parte medular del trabajo, la propiamente lexicográfica: “léxico de las drogas ilícitas en Chile” (págs. 39 a 160); una bibliografía de las obras citadas (págs. 163 a 166) y, finalmente, un utilísimo índice complementario de “voces y afijos explicados en notas” (págs. 169 y 170); se ve que el Prof. Sáez es un experimentado lexicógrafo. Concluye el tomo con un formulario de retroalimentación de la pesquisa (pág. 171) para que los lectores contribuyan a su incremento y perfeccionamiento. Se ve que el Prof. Sáez no sólo es un experimentado lexicógrafo, sino, además, un lexicógrafo moderno que ha construido una *opera aperta*, atendiendo a la índole dinámica misma del léxico de las lenguas y del propio quehacer metalexigráfico, concepción reflejada en sus palabras: “Como todas las obras de este tipo, es incompleta: siempre faltan voces, etimologías, documentaciones, mejores ejemplos que se van agregando en las nuevas ediciones” (pág. 14).

Cada una de estas secciones viene precedida de un epígrafe tomado de periódicos santiaguinos de los tres últimos años (*La Tercera, Las Últimas Noticias, El Mercurio*), que reflejan el dramático ámbito patológico y delictual que rodea al tráfico de drogas: robos, suicidios, asesinatos, accidentes, etc. (cfr. págs. 9, 15, 41, 161 y 167). Este enmarcamiento epi-textual de los capítulos nos muestra cuál es el crudo marco en el que el autor se sitúa, en una óptica comprometida y con el deseo de poner al servicio de una atención verdaderamente eficiente del complejo problema, los recursos de la lingüística actual: “El problema –escribe el Dr. Sáez– no es de naturaleza esencialmente policial. Hay allí soledad, abandono, marginalidad, frustraciones personales, descontento con el mundo, insatisfacción con las relaciones familiares y sociales” (pág. 13).

En la Introducción, el punto de partida lo constituye la “gravedad de la situación actual”. En ella se hace un sintético diagnóstico del problemático mundo de las drogas: perspectiva de los traficantes, secuelas de corrupción, cantidades de droga movilizadas, progresiva sustitución de sustancias por alucinógenos de poder cada vez mayor, uso de solventes volátiles de venta legal y al alcance de los niños, etc. Aunque se han creado numerosas comisiones oficiales, estima el Prof. Sáez que “parece imprescindible bajar de las alturas el tema de las drogas, de la esfera de lo oficial [...]” (pág. 13) y ponerlo en el centro de nuestras habituales preocupaciones, puesto que a todos nos involucra gravemente, proponiendo a la lingüística como una vía válida de acercamiento al problema. De este modo, su propósito se define, con inteligente perspectiva educadora, en términos de “desentrañar el léxico de los drogadictos jóvenes chilenos” (pág. 13), basándose

en más de 30 entrevistas con niños y jóvenes de estratos populares y acomodados, además de documentación procedente de la prensa de los últimos cinco años. Relevante resulta tener presente que el autor dirigió, durante 1990 y 1991, dos seminarios, en la Universidad Católica Blas Cañas, sobre el “léxico de los drogadictos juveniles”, trabajos verdaderamente pioneros, en lo que a este tema se refiere, en nuestro país.

Particularmente importante es el capítulo monográfico sobre “el léxico juvenil de las drogas en Chile”, de indudable valor incluso para los lingüistas de interés puramente académico; pienso en los semanticistas, en los sociolingüistas, en los variacionistas, en los historiadores de la lengua, en los hispanistas en general, en los estudiosos de los contactos lingüísticos, entre otros. Solamente quisiera, por ahora, llamar la atención sobre algunos contenidos de esta sección.

El mundo de la droga se manifiesta, según don Leopoldo Sáez, en el plano léxico, principalmente en las modalidades de la *lengua científica* (léxico terminológico, denotativo, en especial de la química y la medicina), de la *lengua común*, en sus estilos formal e informal (léxico marcado por la multivocidad y las sinonimias, connotativo, enraizado en las lenguas clásicas) y de la *lengua especializada* (léxico sociolectal, con rasgos de las anteriores modalidades, dinámico, en que los procesos de composición, derivación, metaforización, siglificación, préstamos, etc. ocupan un lugar preponderante; entroncado en la propia tradición hispánica y no en el mundo clásico).

Una de las características de este campo temático es que no constituye un conjunto homogéneo, lo cual se manifiesta principalmente en su intrínseca variedad diastrática, diacrónica y dialectal. Así, por ejemplo, nos encontramos con voces diferenciadas por el estrato, como *soplao* y *trilla*, de nivel bajo, frente a *cogollo* y *chilombiana*, de nivel alto (pág. 23). En lo diacrónico (págs. 23 y 24), a pesar de haberse constituido sólo en los últimos treinta años, este léxico exhibe variación, especialmente generacional; de este modo se observan lexemas de las primeras generaciones, tomados sobre todo de la jerga norteamericana (*daun*, *díler*, *trac*) y del lunfardo argentino (*falopa*, *pichicata*, *bagallo*), advirtiéndose ya un proceso de sustitución y movilidad (*estar daun* empieza a ser reemplazado por *estar bajoneado*, y *pichicata* por *jale*). En cuanto a lo dialectal (págs. 24 y 25), el Prof. Sáez discute la tesis de Germán Suescún y Chucho Soto (*Diccionario Mariguano y Afines*, Colombia, 1983), según los cuales la jerga de los drogadictos es “un idioma común para todos los adictos del continente”. Dejando de lado las voces panhispánicas (como *mariguana*, *hachís*, *yerba*, *coca*), las jergas chilena y colombiana sólo coinciden en 18 voces del corpus (como *nieve*, *felpa*, *sábana*, *pitiar*), lo que resulta particularmente llamativo considerando que Colombia, como afirma el autor, “es el centro más importante de exportación de drogas” por lo que “podría suponerse que ejercería un papel normativo en este campo” (pág. 24). Es lógico que la proximidad geográfica favorezca la constitución de un repertorio léxico común. Así, según Raúl Tomás Escobar (*Diccionario del Hampa*

y del *Delito*, Buenos Aires, 1986), citado por el Dr. Sáez, Chile y Argentina comparten, además de voces panhispánicas (como *heroína, opio, morfina*), una serie de lexías como *anfeta, blanca, jalar, narco, pepa, pito*.

Me gustaría recordar, muy brevemente, algunos de los rasgos con que el Prof. Sáez caracteriza este repertorio lexemático. Por ejemplo, la abundante *sinonimia* (págs. 25 y 26): de “cigarro de mariguana” se dan *artesanal, cuete, huañaño, huarro, huiro, piticlín, pito, porro, toto, yiyo, yoin*. También se reconoce variación fónica (págs. 26 y 27), siendo ésta una jerga de tradición principalmente oral; así tenemos tanto *cidrín*, como *ciridín, cilidín y ciderín*. La *polisemia* (págs. 27 y 28) es frecuente y así *marciano* puede significar tanto “cigarrillo de mariguana cubierto con coca” como “pasta base” y “jachís”. Capítulo saliente (págs. 31 a 36) es el relativo a la creación de neologismos, con sus diversos procedimientos, como la *sufijación* (de *chicota, chicotear, chicotero, chicotera*); la *prefijación* (sorprendente es la cantidad de voces compuestas por *narco-*: *narcocracia, narcodependiente, narcodólar, narcoecológico, narcoguerrilla, narcoguerrillero, narcoloco, narcomaldad, narcomarco, narcomático, narcopeligro, narcopolítica, narcoquímico, narcoterrorismo, narcoterrorista, narcotest, narcotraficante, narcotráfico*, no todos necesariamente socializados por ahora). También llaman la atención los procesos de *composición* (*chilombiana* o *chilimbiana*, variedad de mariguana de origen colombiano y cultivada en Chile) y de *reducción* (*anfeta* por *anfetamina, neo* por *neoprén, coca* por *cocaína*). Los *préstamos*, como se dijo, provienen principalmente del inglés norteamericano y del lunfardo argentino, aunque no faltan los préstamos de las lenguas indígenas (como *chamico, mezcal*).

Sin duda, la parte medular de la obra la constituye la sección propiamente lexicográfica, “Léxico de las drogas ilícitas en Chile”, integrada por 431 entradas, sin contar las palabras sublematizadas. La plantilla lexicográfica es moderna, funcional, y contiene toda la información que, por la índole del elenco y su finalidad, se requiere. El *lema* va seguido de la *categoría gramatical* y de su *etimología*. Le siguen la *definición*, las *citas*, los *sinónimos* y las *variantes*. La misma matriz se aplica a las locuciones (cfr. pág.42).

Muchas inferencias de pertinencia lingüística se pueden fundar en la evidencia empírica representada por este lexicón; ya el capítulo anterior, rico en categorizaciones y subcategorizaciones, es buena prueba de la cantidad de estudios que se pueden emprender, fundados en este corpus tratado lexicográficamente. Para no pecar de prolijo y no extenderme más de la cuenta, en esta breve presentación, sólo quisiera hacer referencia a dos, de entre los múltiples aspectos que me han llamado la atención. El primero apunta a la creación lingüística de motivación cromática, con metaforización o sin ella, representada en ejemplos como *blanca con rojo* “tipo de cápsula de tales colores” (vid. s.v.), *verde con blanco* “íd.” (vid. s.v.), y, en lenguaje figurado, *rubia de los ojos verdes* “Desbutal, por sus colores celeste y amarillo” (vid. s.v.), *dama blanca*

“cocaína” (vid. s.v.) y, todavía con una semántica más compleja, *la católica* “cápsula de anfetamina bicolor (blanco y azul)”, por los colores del equipo de fútbol de la Universidad Católica (vid. s.v.).

En cuanto al segundo aspecto, aludo al interés que reviste analizar los subrepertorios de este léxico global de las drogas, integrado por campos temáticos tales como: “traficantes”, “tipos de cigarro”, “acciones involucradas”, “sustancias alucinógenas”, “fármacos”, “plantas”, “consumidores”, “envases”, “elaboración”, “utensilios”, “efectos de la droga”, etc. Entre los muchos estudios que suscita este universo, pienso sólo en el relativo a la configuración semántica de estos campos, en la cual se pueden reconocer diversas formas de estructuración, tales como *campos léxicos* (*Wortfelder*) y *solidaridades lexemáticas* (como la representada por la oposición *blanda/dura* que, “dicho de droga”, apunta al “grado de nocividad”; vid. s.v. *droga*).

Entre todos estos aspectos, llama la atención el cúmulo de expresiones que, en forma dramática, hacen referencia a los “efectos de las drogas”. Así, por ejemplo, *acelerado* “excitado por el efecto de las drogas” (vid. s.v.), *achacado, da* “deprimido, indispuesto por el consumo excesivo de drogas” (vid. s.v.), *alucinación* “percepción irreal que se produce por efecto de las drogas” (vid. s.v.), *angustia* “pasta base de cocaína” (según un informante, así llamada por los drogadictos “porque después de estimular sus sentidos, deja esa sensación residual que obliga a consumir nuevas dosis” (vid. s.v.), *bajada* “estado de ánimo depresivo que aparece cuando se desvanece el efecto de la droga” (vid. s.v.), *borrado, a* “con la conciencia reducida por efecto de la droga” (vid. s.v.), *chato, a* “que está bajo los efectos de las drogas” (vid. s.v.), según explicación de *estar raja*, en nota 15, “estar inconsciente, agotado o durmiendo profundamente” (vid. s.v. *chato, a*), *daun* “en estado depresivo” (vid. s.v.), *duro, a* “que presenta rigidez muscular por el excesivo consumo de cocaína” (vid. s.v.), *irse en la profunda* “caer en un estado de ensimismamiento y de reflexión concentrada, como consecuencia del uso de drogas” (vid. s.v.), *lengua de vaca* “sensación que se produce al tocar cocaína con la lengua” (como dice el informante, “se te duerme la lengua y no sientes para nada”; vid. s.v.), *la pálida* “estado físico provocado por el exceso de drogas”, caracterizado “por alteraciones de la presión arterial, empaldecimiento, pérdida del conocimiento” (vid. s.v.), *pegado, a*, en su segunda acepción, “concentrado al máximo, absorto, fijo en un pensamiento u objeto, como consecuencia del consumo de drogas” (vid. s.v.), *tieso, a*, según un informante, “hay una manera refácil de descubrir que alguien está jalao, es porque empieza... a hacer movimiento, mueve la lengua, se moja mucho lo labio, porque se le secan... Eso es andar tieso /.../” (vid. s.v.). Y muchos más.

¡Qué panorama! ¡Qué paisaje humano, el que se puede reconstruir sobre la base de estas intuiciones lingüísticas de las gentes! Por eso hablaba, al comenzar, de la cruda realidad que esta obra describe y delata, devela, pone de manifiesto. Porque si el léxico de una lengua implica una aprehensión lingüística

de la realidad, una interpretación y visión del mundo, ¡qué realidad más pavorosa es la que queda cristalizada en estos sistemas opositivos! El mundo de la depresión, de la excitación acelerada, de la percepción irreal, de la angustia, de la conciencia reducida, de la inconsciencia, del agotamiento y el sopor, de la rigidez y el ensimismamiento (y no precisamente del orteguiano), de la insensibilidad, del empaldecimiento, de las alteraciones arteriales, del delirio.

Todo este mundo alterado, distorsionado, pesimista, destructivo, abandonado de la voluntad y el proyecto humanos, derrota de los principios germinales de la libertad y la finalidad, quedan patéticamente representados por la locución *p'adentro*, usada en los sintagmas verbales *estar p'adentro*, *quedarse p'adentro*, *irse p'adentro* (vid. s.v. *p'adentro*). Así, *estar p'adentro*, según un informante, “no ere capaz de extrovertir tu pensamiento, tú lo único que querí es estar solo [...]”; *irse p'adentro*, de acuerdo con el entrevistado, “te vai p'aentro, o sea, no pescái al que está al lado tuyo...” (vid. s.v.).

Me pregunto si no seremos capaces de construir un mundo en el que nuestros niños y jóvenes anhelen, más bien, *irse para afuera*, “pescar” al que está al lado.

No obstante, en medio de todo este quebranto, aquí no cabe el desaliento; por el contrario, el excelente trabajo del Prof. Sáez, apelante, vivo, me produce un profundo entusiasmo, porque, desde el punto de vista de las ciencias del lenguaje, arroja nueva luz sobre este territorio conflictivo y crítico.

Porque, como lingüista, ha logrado hacer de un “saber no justificado”, no científico, un “saber reflexivo”, un saber que vuelve sobre sí mismo y lo fundamenta; esto es, según la conocida distinción hegeliana, ha hecho de lo “conocido” (*bekannt*) algo “reconocido” (*erkannt*) (cfr. Eugenio Coseriu, *Sprachkompetenz*, Tübingen, 1988; págs. 204-205). Y, al hacerlo, además de realizar obra de ciencia, ha contribuido, desde esta perspectiva, a la correcta definición de los problemas, lo cual constituye, en sí mismo, un principio de solución. Bien por el Prof. Dr. Leopoldo Sáez Godoy. Bien por la Universidad de Santiago y su casa editorial.